

## Pier Paolo Pasolini: poema corsario

*Presentación y traducción de Diego Tatián*

“Para ser poetas hay que tener mucho tiempo: / horas y horas de soledad son el único modo / para que se forme algo, que es fuerza, abandono / vicio, libertad, para dar estilo al caos. / Yo ahora tengo poco tiempo: por culpa de la muerte / que se me viene encima...”. Esa muerte llegó en la madrugada del 1 al 2 de noviembre de 1975 en Ostia, una playa cerca de Roma. Desde el preciso momento en que el cuerpo de Pier Paolo Pasolini apareció destrozado en esa tierra baldía junto al mar, surgió la sospecha -que desde entonces no ha dejado de crecer- de que se trató de un asesinato político. Una muerte extrema para una vida extrema.

Pasolini nunca dejó de ser comunista, un comunista salvaje que como ningún otro artista de su tiempo supo despertar el odio y la indignación en la derecha católica, como también la condena en el puritanismo de la izquierda ortodoxa. Intolerable para el moralismo de Partido Comunista, fue expulsado de sus filas en 1949 a causa de su homosexualidad, con la excusa de una denuncia de la policía por corrupción de menores y obscenidad.

Un erotismo violento y clásico a la vez ocupa el centro de la obra literaria y cinematográfica de Pasolini, atravesada por un ideal de belleza homosexual que toma por modelo los rostros morenos de jóvenes obreros y campesinos de origen meridional.

Después de *Teorema*, película que fue secuestrada por las autoridades en medio de un escándalo, Pasolini filmó entre 1971 y 1974 la “trilogía de los placeres carnales”: *El Decamerón* -que obtuvo 80 denuncias por obscenidad-, *Los cuentos de Canterbury* y *Las mil y una noches*. Su último film fue *Salò*, versión libre de *Las 120 jornadas de Sodoma* del Marqués de Sade, estrenado después de su muerte y destinado a convertirse en una película de culto.

El libertinaje como forma de vida, la libertad artística, el radicalismo político y la iconoclastia moral, más allá del escándalo provocado en la Italia con-

servadora, conmoverían también los valores consagrados por la cultura política de la izquierda ortodoxa, aunque sin ninguna concesión a un fácil rebelismo.

La agitación estudiantil europea y norteamericana que tuvo su pico en el Mayo Francés de 1968, había comenzado en Italia unos pocos meses antes, en Valle Giulia, con un enfrentamiento entre estudiantes y policías el 1 de marzo del mismo año. La revuelta estudiantil encontraba su inspiración ideológica en un emergente pensamiento de izquierda heterodoxa —como el de Marcuse— y obtuvo la adhesión de importantes intelectuales y artistas, generándose un conjunto de ideas y de prácticas que formaron la llamada “cultura del 68”.

Sin embargo, otros intelectuales y políticos de izquierda desconfiaron del espontaneísmo anárquico del movimiento estudiantil, acusando despectivamente de “izquierdismo” (*gauchisme*) a sus miembros. George Marchais, entonces Secretario del Partido Comunista Francés, consideraba a los estudiantes como “hijos de grandes burgueses que abandonarán la llama revolucionaria muy rápidamente para dirigir la empresa de papá”. Concluidos los disturbios universitarios en Estados Unidos, una foto mostraba a Theodor Adorno —máximo exponente del neomarxismo europeo, exiliado en Norteamérica desde el nazismo— dándole la mano al jefe de policía.

Desde una inspiración opuesta a la desconfianza aristocrática de Adorno frente a toda inmediatez práctica, al día siguiente de los episodios de Valle Giulia Pier Paolo Pasolini publicó en el *Corriere della Sera* este texto de alto voltaje político, brillante, provocador, simplista, problemático, escandaloso una vez más. Un texto corsario, en fin, pasoliniano.

*¡El PCI a los jóvenes!*

*Es triste. La polémica contra  
el PCI se hacía en la primera mitad  
del decenio pasado. Están retrasados, hijos.*

*Y no tiene importancia si por entonces no habían nacido aún...*

*Ahora los periodistas de todo el mundo (comprendidos  
los de la televisión)*

*les lamen (como creo que todavía se dice en el lenguaje  
de las Universidades) el culo. Yo no, amigos.*

*Tienen caras de hijos de papá.*

*Buena raza no miente.*

*Tienen el mismo ojo malo.*

*Son miedosos, inciertos, desesperados  
(muy bien) aunque saben también cómo ser  
prepotentes, vengativos y seguros:*

*prerrogativas pequeñoburguesas, amigos.*

*Cuando ayer en Valle Giulia se agarraron a trompadas  
con los policías,*

*¡yo simpatizaba con los policías!*

*Porque los policías son hijos de pobres.*

*Vienen de las periferias, sean urbanas o campesinas.*

*En cuanto a mí, conozco demasiado bien*

*el modo en que han sido niños y muchachos,*

*las preciosas mil liras, el padre que siguió siendo muchacho también  
a causa de la miseria, que no da autoridad.*

*La madre endurecida como un obrero, o tierna,*

*para cualquier enfermedad, como un pajarito;*

*muchos hermanos, la casucha*

*entre los huertos con la salvia roja (en terrenos*

*de otros, loteados); los bajos*

*sobre las cloacas; o los departamentos en los grandes  
caseríos populares, etc., etc.*

*Y luego, observen cómo los visten: como payasos,*

*con esa tela roída que apesta a guardarropa*

rancio y a pueblo. Lo peor de todo, naturalmente,  
es el estado psicológico al que han sido reducidos  
(por cuarenta mil liras al mes):  
sin más sonrisa,  
sin más amistad con el mundo,  
separados,  
excluidos (una exclusión que no tiene igual);  
humillados por haber perdido la calidad de hombres  
para ser policías (ser odiados hace odiar).  
Tienen veinte años, la misma edad que ustedes, queridos y queridas.  
Estamos obviamente de acuerdo contra la institución de la policía.  
¡Pero agárrense contra la Magistratura, y verán!  
Los chicos policías  
que ustedes por sagrado patoterismo (de elegida tradición  
del resurgimiento)  
de hijos de papá, han apaleado,  
pertenecen a la otra clase social.  
En Valle Giulia, ayer, hubo un fragmento  
de lucha de clase: y ustedes, amigos (claro que de parte  
de la razón) eran los ricos,  
mientras que los policías (que estaban de parte  
del error) eran los pobres. ¡Bella victoria,  
la de ustedes! En estos casos,  
a los policías hay que darles flores, amigos.

Pier Paolo Pasolini